

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 445.

Alicante 7 de Junio de 1879.

Año X.

VENGA A NOS EL TU REINO.

«Las personas se gobiernan, las cosas se administran,» ha dicho muy oportunamente un célebre escritor, censurando los modernos sistemas, que confunden personas y cosas bajo el nombre comun de «administracion.» El arte del que administra consiste en «hacer mover;» el arte del que gobierna se endereza principalmente á «hacer querer.» Y es claro que el principio revolucionario, que convierte al hombre en entidad rebelde contra lo divino y lo humano, no ha de ser el mejor para imponer aquel orden, dentro del cual los gobernados sean felices, subordinándose á él por persuasion, tanto como por deber.

Y en efecto, segun la ciencia económica, la felicidad es una suma de goces materiales, y el fin del hombre el enriquecerse indefinidamente. Teoría que se puede condensar en este aforismo:

«Vive en la sociedad de manera que, cediendo al prójimo lo ménos que puedas de tus placeres y de tus riquezas, obtengas la mayor cooperacion posible

para gozar sin límites y enriquecerte sin fin.»

De donde se deduce que el hombre ha de tratar naturalmente de explotar á otros para ahorrarse fatigas, y agrandar así sus comodidades y su caudal, «sacando el máximo del trabajo,» y dando por él «el minimum» del salario. Por aquí se va inmediatamente á la esclavitud del paganismo, ó al proletariado del pueblo ingles.

En una palabra, en el sistema liberal la riqueza lo estodo, el rico es poderoso, y el pobre es ménos que un ilota; es una mercancía.

Y ahora expongamos en pocas palabras la teoría económica cristiana. No podríamos exponerla nosotros mejor que lo acaba de hacer un hombre, generalmente admirado y querido en Francia por sus empresas teóricas y prácticas en favor de los obreros. Mr. Leon Harmel es, no solamente el autor de un notabilísimo libro titulado «Manual de la corporacion,» en favor de los intereses de la clase obrera, sino el infatigable campeón de todas las asociaciones católicas de trabajadores, y sobre todo, el fundador de una gran fábrica de hilados en Valdes-Bois

(Marne), reglamentada y dirigida conforme á los principios de nuestra santa Religión.

Ese apóstol de la industria cristiana ha pronunciado hace pocos dias en la Asamblea general del comité y del círculo católico de trabajadores de Saint Chaumont, que presidia el Cardenal Caveret de Lyon, un notabilísimo discurso acerca de las tentativas inútiles y desastrosas de la economía moderna para el mejoramiento de los obreros, demostrando que no hay esperanza de salud mas que en la economía que se inspira en el catolicismo.

«Hemos llegado, decia, á la época de las cosas decisivas, y los mismos acontecimientos se han encargado de dar la razon á las enseñanzas de la Iglesia bajo el aspecto social. El liberalismo ha errado el camino al colocarse exclusivamente en el terreno utilitario, y proponiéndose por objeto el aumento de riquezas. Desde hace medio siglo, se ha valido de los descubrimientos modernos y de los progresos materiales de la industria, para consagrarse á la materia y cambiarla en oro. Ha encorvado al obrero bajo un trabajo implacable, encadenándolo á lo finito y limitando su horizonte dentro de los intereses groseros de lo terrenal, en forma que no le quede ni una clara boyá para mirar al cielo. El obrero ha venido así á ser un nuevo Tántalo, de quien los placeres prometidos se apartan cada vez que imagina llegar á ellos.

«Las consecuencias de la economía liberal del industrialismo sin fé aparecen bien claras: el ateísmo, la disolucion de la familia, la extension del pauperismo,

de la miseria sin remedio, la falta de trabajo, las huelgas, el lujo desenfrenado, el alistamiento del obrero en asociaciones secretas y rebeldes que le explotan, le embrutecen y le hacen retroceder, en nombre de la libertad, á la esclavitud pagana.

«El liberalismo ha buscado remedio á los males que ha causado, ha recurrido al aumento de salarios, á los establecimientos de trabajo cooperativo, á la institucion del ahorro, á las cajas de socorros y de jubilaciones. Sus esfuerzos han sido estériles, por lo mismo que han persistido en no penetrar en el terreno religioso. El obrero no llegará á ser económico, sumiso y rico, sino por medio de la virtud, condicion indispensable de la economía.

«Inglaterra mira á sus trabajadores desertar de los talleres utilitarios, en que los vicios más repugnantes son forzosamente reprimidos por la fuerza bruta, y lamentar la supresion de los monasterios en que la pobreza recibia antaño el pan material y la rehabilitacion moral. Dicha nacion cuenta un pobre por cada seis habitantes, en tanto que la Francia solo tiene uno por cada veinte, y España uno por cada treinta. Durante el año 1877 ha sufrido 191 huelgas, que han dado un golpe tremendo á su comercio. Sus principales industrias amenazan emigrar é ir á manos de otras naciones rivales.

«Y á todos estos males, y á otros que omitimos, ¿serán aplicados los remedios seguros y eficaces que indica la Iglesia? Solo ella tiene en su poder la solucion del problema social, solucion simbolizada en la cruz, en el lábaro que anunció

la victoria de Constantino. Con la obra de los Círculos Católicos de trabajadores, bendecida por Leon XIII, combate la impotencia del aislamiento, y funda la asociación que hace á todos los hombres hermanos: ella restablece la gerarquía en la sociedad y en la familia; ella da al obrero la verdad, el bienestar material, la santificación de sus labores y el goce de sus verdaderos derechos.

«En una palabra, hay que restablecer el reinado de Jesucristo, y tan sublime misión demanda cristianos generosos, dispuestos á renunciar y aún á sacrificar su vida. El nuevo edificio se alza ya á nuestros ojos claramente, en sus vastas proporciones, sobre sus cimientos inatacables; sin duda le daremos cima, ó al ménos, los que vengan despues que nosotros tendrán la ventura de coronarlo.

«Los enemigos de la Iglesia sirven nuestra causa sin sospecharlo. Cuando hayan acumulado ruinas sobre ruinas y derribado todas las instituciones actuales, se espantarán de su propia obra y de su impotencia para edificar. Los pueblos curados de sus extravíos saludarán el triunfo de la Iglesia, y volverán á plantar la cruz sobre las ruinas amontonadas por la Revolución. La hora parece cercana; valor para luchar por Dios, por la Iglesia y por la Patria!»

El orador acabó saludando con júbilo y esperanza á los patronos y trabajadores católicos ya asociados para vivir y trabajar segun las máximas de Cristo. Luego elogió á los hombres piadosos que con la oración ó con el sacrificio de su vida imploran del Señor que traiga á los obreros no cristianos á verdadero cono-

cimiento. Y concluyó en estos términos:

«Así comprende la economía cristiana, a-i practica el sacrificio en favor del pueblo, respondiendo á todos los sueños y utopías del liberalismo con estas palabras de Cristo: «Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura.»

Por más que estas palabras del Evangelio sean bien conocidas, y por más que las ideas del Apóstol de la industria cristiana de Francia M. Harmel sean familiares á todos los católicos, no debemos cansarnos de exponerlas y repetirlas «oportune é importune» á los trabajadores especialmente, cuando vemos con dolor todos los dias que un gran número de ellos, cediendo á deplorables y engañosas ilusiones, corren á hacer el caldo gordo de los caciques revoltosos, y que persiguiendo el cúmulo de libertades y goces imposibles, se condenan á figurar en el rebaño de los explotados, que viven en la desesperación y acaban sus dias en un calabozo ó detrás de una barricada, mientras sus regeneradores se dan cogotadas de risa en los palacios del Estado.

UN ABUSO.

Grande y muy grande es el bien que están destinadas á hacer las artes bellas. Los artistas con sus producciones contribuyen á educar

el corazón despertando en él sentimientos nobles y puros, siempre y cuando se sujetan á las reglas de una sana filosofía de lo bello.

Pero esa misma facilidad de obrar el bien se convierte en facilidad de obrar el mal, cuando se apartan los artistas de las reglas de una buena estética para obedecer á miras mezquinas y rastreras, esto es, cuando el egoismo sustituye al amor al arte, y alguna pasión innoble á la verdadera inspiración.

Entonces el artista, en vez de educar el corazón, contribuye con sus producciones á corromperle, y cuanto mayor sea su talento y sus facultades naturales, tanto mayor ha de ser el daño que con sus obras causará á la humanidad.

Entre las artes bellas no hay ninguna que contribuya tanto hoy día á la desmoralización como la pintura, gracias á que son muchísimos los que á la misma se dedican y á que ó desconociendo la importancia de su noble profesión, ó sintiéndose con fuerzas para consagrarse con seriedad á sus estudios, se dedican á la caricatura y á las obras que alhagan los sentidos, importándoles poco el arte con tal de adquirir dinero.

Por eso son tan pocas hoy las verdaderas obras de arte, y son tantas las producciones que contribuyen á corromper los corazones en vez de despertar en ellos sentimientos elevados.

Una escena inmoral, la caricatura de un personaje respetable, sino la

admiraación, despiertan á lo menos la curiosidad del público ó su hilaridad, y de este modo un artista mediano, ó poco aprovechado, logra á poca costa llamar la atención y hacerse un nombre que por cierto no envidiarán los verdaderos artistas.

Estas obras de que hablamos no deben confundirse de ningún modo con las picarescas, en las que el autor hace gala de su ingenio ó de su buen humor sin ofender nunca á la moral, ni con las satíricas que ridiculizan el vicio para hacerlo aborrecible. Estas producen siempre un bien y las obras á que nos referimos siempre perjudican al alma, ya avivando una sensación grosera, ya despertando una pasión innoble.

Véase sino la mayor parte de los escaparates de las tiendas de cuadros y estamperías de las grandes ciudades; todos ellos están llenos de láminas que no pueden contemplarse sin rubor, ó de groseras caricaturas de sacerdotes, magistrados ú otras personas dignas de respeto; y la exposición de estas láminas, tan despreciables bajo el punto de vista artístico, como censurables bajo el punto de vista moral, constituye uno de los abusos que más contribuyen á la desmoralización, de la cual se lamentan todas las personas sensatas ó que de tales se precian.

Evitar la producción de esta clase de obras es más difícil de lo que á primera vista parece, pues son hijas de la corrupción, y aparecen inevitablemente en toda sociedad desmo-

realizada, como los repugnantes insectos en los estanques de aguas corrompidas.

Pero ya que no evitar que se produzcan, es preciso por de pronto impedir que se expongan al público, y de ello estaba convencido el gobierno cuando el 12 de Enero último, si mal no recordamos, dió una Real órden prohibiendo la exposicion de esta clase de obras.

Al principio produjo esta disposicion su efecto: con aplauso de todas las personas honradas desaparecieron de las tiendas esta clase de cuadros; pero á los tres meses, sin que exista (que sepamos) otra disposicion que la revoque, la Real órden del 12 de Enero es ya letra muerta.

Llamamos, pues, sobre este asunto la atencion del gobierno, porque estamos convencidos de que corrigiendo este abuso, del cual nos lamentamos, prestaria un buen servicio á la sociedad, no solo evitando el daño que causa, sino tambien porque desdice mucho del buen gusto y sensatez de un pueblo culto la exposicion de unas obras que, como hemos dicho, son tan despreciables bajo el punto de vista artistico, como censurables bajo el punto de vista moral.

LA BLASFEMIA.

Con sobrada razon se lamentaba «La Fé» del modo escandaloso con que la blasfemia se extiende en todas

las clases de la sociedad. En nuestras provincias meridionales particularmente esa horrible costumbre toma proporciones vergonzosas.

«La blasfemia es un acto cobarde, dice; la blasfemia es un acto bárbaro; la blasfemia hace gran daño á la disciplina; el soldado español es de suyo valiente, humano y civilizado, y nada más fácil que concluir con la blasfemia en el ejército, donde es una cuestion de hábito, aunque hábito ciertamente execrable.»

Creemos lo mismo, y creemos que el general Martinez Campos tomará en cuenta esta advertencia, en la que seguramente no entran para nada ni la passion, ni el interés de partido.

Y luego añade:

«No esperamos, ciertamente, lo mismo de las autoridades civiles, no porque ellas no quisieran evitarlo, sino porque les seria mucho más difícil conseguirlo.»

Con una circular del ministerio de la Guerra, concisa y elocuente, se evita con toda seguridad la blasfemia en el ejército, y esto más por convencimiento que por temor.

No es lo mismo en los demás. No hay pais en Europa, y dudamos que lo haya en Africa, en que se blasfeme de una manera más horrorosa y escandalosa que en España, ni en que se hable de un modo más obsceno.

En las calles, en los cafés, en otros círculos, se habla en España como repugnaria hablar en infimas tabernas, como parece que sólo se puede hablar entre presidiarios libres de la vara y la presencia del cómitre.

Y no blasfeman y no pronuncian las más crudas obscenidades sólo las gentes del pueblo, léjos de eso; peor que la gente del pueblo se habla entre nosotros por gentes que llevan trajes decentes y hasta elegantes, y que se creen decentes y elegantes, cuando nada hay tan contrario á la decencia y á la distincion como el lenguaje procaz y blasfemo.

Pero ¿cómo han de cortar esa gran vergüenza para el país, que es un gravísimo daño para el país, autoridades cuyos agentes con uniforme son los primeros que dan el ejemplo de tal lenguaje?

No es raro oír á dos agentes de orden público, que de acera á acera se comunican sus impresiones, hablar como dos carreteros, y en muchas ocasiones que hemos visto á algunos de esos agentes detener á algun borracho, les hemos oído, ante los grupos que en esos casos se forman, hablar peor que el borracho.

Un agente que detiene blasfemando á un borracho por borracho, dá un espectáculo que, moral y socialmente considerado, no puede ser más grave.

Hecho un buen expurgo de agentes, acaso se concluiría con la blasfemia con lo que costó concluir en Madrid con ciertas costumbres asquerosas y por muchos años mantenidas.

Pero... basta.

CORRECCION DE LOS BLASFEMOS.

Con este epigrafe publicó *El Consultor de los Ayuntamientos*, en su número

correspondiente al 31 de Enero último, el siguiente remitido, que versa sobre un asunto respecto al cual todo lo que se diga es poco, puesto que el escándalo ha llegado á tomar aterradoras proporciones:

«Cuando se alza el clamor público contra ciertos hechos ó dichos cuya intensa gravedad es conocida y sentida por todos los hombres de bien, á los legisladores ó personas encargadas de regir ó gobernar los pueblos toca, sin duda, proveer lo conveniente á su remedio. Y porque, en mi sentir, la blasfemia se halla comprendida en los dichos anticipadamente aludidos, voy á ocuparme de este reto sacrilego que el hombre ingrato se permite lanzar contra Dios y las cosas santas, que cada día «por falta de sancion penal» crece y campea más jactancioso é imponente, sin que tampoco arredre en ocasiones á los blasfemos la presencia de las autoridades, que, en la necesidad de sellar sus labios, vénse colocadas en una posicion ridícula con verdadero desprestigio.

Además, ¿quién ignora que el desprecio de la divinidad envuelve ó entraña el de todo poder? ¿Quién la facilidad de provocar pependencias que, como es natural, se suceden sin intermision? Y digo «como es natural,» porque si aun el ánimo del que está poseido, digámoslo así, de una glacial indiferencia se conmueve ó exalta cuando advierte dirigida una ofensa contra cualquier pariente ó amigo, ¿cómo no han de impresionar á los buenos cristianos semejantes imprecaciones? ¿Y quién, por otra parte, desconoce el mal ejemplo que se da á los niños, á esas criaturas inocen-

tes, con especialidad á los que una educacion descuidada tiene sumidos en el abandono é ignorancia?

«Mas no se entienda, por lo anteriormente manifestado, que yo aspiro á que para hacer desaparecer las blasfemias se emplee el rigorismo de Justiniano, Felipe II rey de Francia, de nuestra antigua legislacion, etc., sino que digo con el caballero Cayetano Filangieri (cuya cita no debe ser sospechosa), que la total impunidad de la blasfemia patentiza una repugnante indiferencia de parte del legislador sobre esta especie de delitos, pareciéndole suficiente una pena moderada de aquellas que califica como correctivas. Y tambien, como el inmortal Escriche, que si cierto es que las penas de los blasfemos no tienen por objeto vengar al Supremo Hacedor, á cuyo tribunal inapelable está reservado el perdón ó el castigo, á los legisladores corresponde impedir los males que pueden sobrevenir de la impunidad y del escándalo, y contener con el escarmiento esa especie de delitos por lo mucho que ofenden á las costumbres públicas.

Y como sea ciertísimo que el asunto de que vengo ocupándome no lo es de partido, sino de interés general, concluyo significando que, considerada siquiera la cuestion como de orden público, venga pronto el tan importante como anhelado correctivo. --Agustin Plaza y Arroyo.»

CRÓNICA RELIGIOSA.

FILIPINAS.

Tenemos á la vista una interesante carta de Nueva Cáceres, escrita el 27 de Marzo por un paisano nuestro, de la cual vamos á transcribir algunos consoladores párrafos, dejando para el final los comentarios.

«Por acá seguimos tranquilos; estamos puede decirse en el Paraíso; nadie estorba la accion del ministerio católico; puede trabajarse cuanto se quiera; todo se recibe bien; de todo se saca provecho. Por ejemplo: el Carnaval aqui lo hemos pasado de este modo: se empezaron los santos ejercicios para todo el pueblo en la noche del viernes de la semana de sexagésima, asistiendo á Dios gracias en todos los actos, tanto de la mañana como de la tarde, un gentío inmenso; más de 150 hombres, y á su frente los principales del pueblo, estuvieron recogidos durante esos dias en la casa parroquial que está junta á la iglesia; esos además de los actos que se hacian para todo el pueblo, tenian otras prácticas para sacar más fruto de los dias de recogimiento: en el colegio de niñas, dirigido por las Hermanas de la Caridad, y en el cual hay más de 400 alumnas internas, tambien se hacian los santos ejercicios en público: las Hijas de San Vicente hacian sus ejercicios anuales en particular.

En toda la poblacion no se descubria más que un sentimiento religioso, nada de música, nada de diversiones, nada

de mundano. El cuarto día empezaron las confesiones, y el señor Obispo «in capite,» todos los confesores, que fueron bastantes, trabajaron bien, bien.

La comunión general fué el primer domingo de Cuaresma: á las cinco de la mañana el venerable Prelado se dirigió á la iglesia que estaba ya llena de gente; empezó la santa misa, hizo una fervorosa plática y empezó á dar la sagrada comunión, que no pudo continuar por la multitud de fieles que acudió á la sagrada mesa; fué el secretario de S. E. el que concluyó de dar la sagrada comunión: eran las siete y media cuando terminaba la función. En la misa solemne también el gentío fué inmenso; por la tarde á las cinco y media empezó el santo ejercicio del viacrucis, hecho con toda solemnidad, al rededor de la santa iglesia Catedral: el acto fué no solo tierno sino imponente; es necesario verlo para poderse formar una idea cabal del edificante cuadro que presenta todo un pueblo fiel, rodeando á su querido y venerable Obispo que acompañado de su clero, de los alumnos de su seminario, unos con sobrepellices, cerca de treinta, y otros con sus mantos azules y becas encarnadas, más de ochenta, va de estación en estación recorriendo el camino del Calvario. Al terminar en la iglesia se hizo una fervorosa plática, concluyendo con el patético cántico «Perdon, oh Dios mio!»

Por ahí podrá conocer como estamos. Pida al Señor que bendiga nuestros pobres trabajos.»

Después de leída esta carta se nos vienen á la memoria aquellas frases nada sospechosas de clericalismo del señor

Escosura, el cual habiendo estado mucho tiempo en Filipinas, defendía la existencia de las órdenes religiosas como necesarias para conservar nuestra influencia en aquellas remotas colonias.

Los anteriores párrafos demuestran cómo nuestros celosos misioneros procuran el bienestar y la paz de aquellos islotes, y cuán fructífera es su acción, como lo es siempre que no se vé entorpecida por las influencias deletéreas que por acá dominan. El Carnaval, la época de los excesos y de las impiedades en nuestros civilizados países, es para ellos tiempo de santificación y de penitencia.

De todos modos nos dan aquellos asiáticos un ejemplo que á muchos europeos debería hacer sonrojar, y nos enseñan que si la religion disminuye en unas partes, gana terreno en otras, lo cual como católicos nos consuela, aun cuando sea motivo de aflicción el contemplar los estragos que la impiedad hace entre nosotros.

MISIONES DE CHINA.

M. Rdo. P. Fr. Evaristo Torres.

Apreciable hermano: Salimos el 24 de Noviembre de Hong-Kong, como usted recordará, no llegando hasta el 29 por la noche á Foochow: en el camino de Emuy á Eoachow tuvimos un fuerte temporal, por cuya razón pasamos dos noches anclados. Algun miedo tuvimos el 28, cuando, después de comer, vimos que los marineros andaban sacando agua del fondo del vapor; sin duda la abertura era insignificante, pues cesó esta operación al cuarto de hora.

Al momento de anclar el 29 al anochecer, como á las seis y pico, un bote-ro se acercó á nosotros y nos mostró una carta del Sr. Gentili, en la que nos decía que entregásemos las cosas al cristiano y nos viniéramos en el vaporcito de la casa ó en el mismo bote. Había hablado ántes el P. Estéban, yo no sé por qué, con el capitán, y éste le dijo: *Topnorrow*, tal vez, como despues dijo en la mesa, por tener el gusto de vernos cenar. No pensaba yo de ese modo al ver la carta del Sr. Gentili, aunque escrita ya hacía algunos dias; mas disimulé mi opinion, á pesar de ser interrogado por mi compañero, que queria pasar allí la noche por lo que habia dicho el capitán. En dos horas nos hubiéramos plantado en casa en el vaporcito, si, entregadas las cosas al cristiano, hubiéramos salido en él. Pero quiso la buena ventura que saliéramos á las siete de la mañana, y llegáramos á la una de la tarde.

Estuvimos con el P. Alier hasta el 9 de Diciembre por la mañana, que salimos con el cursor á Jogan; muy cam-pantes íbamos ya á pasar una puerta de las cinco que tiene Foochow, cuando llega un guardian chino y exige una papeleta; como nada llevábamos, se hizo pa-rar la silla, y miétras el cursor y el chino fueron al P. Alier, que duró como hora y media, estuvimos en medio de la calle siendo la irrisión de los tran-seuntes, principalmente de centenares de mujeres, que entraban en la ciudad á vender. ¿Y qué fué aquello? Una orden nueva que habia dado el mandarin, para cuya promulgacion habia hecho cinco comedias, y en ella se establecia que el

portero de cada puerta dispusiera los silleteros que habian de ir, y cuánto tiempo habian de tardar, so pena de ser castigados si no lo hacian al pié de la letra; igualmente se le debia entregar el salario, que él mismo distribuiria á los silleteros, entregando en retorno una papeleta para salir sin obstáculo de la ciudad, y pasar por otro punto distante de la misma algunas leguas, presentando aquel billete. El P. Alier ignoraba aquella orden, y tenia en cuenta que ántes nada exigian á los europeos.

Buscó, pues, silleteros, sin contar con el portero ó guardian de la puerta por donde habíamos de salir, y tuvo la bondad de pagarlos ántes. Ellos bien sabian que obraban contra la ley; pero el guardian no les daría más que 600 chapecas, y el P. Alier les daba más de 1.000; ¿qué habian de hacer? Llegan á la puerta, y como ellos no eran designados por el portero, queria castigarlos con la multa: ellos respondieron que ya habian gastado las chapecas recibidas: amena-zólos, y escaparon. Fuése nuestro portero al P. Alier, á quien echó de multa 2.000 chapecas: el tunante le queria sacar 8.000; pero rebajó, por fin, hasta el número anterior.

Puede figurarse qué tal estaríamos nosotros, escapados los cargadores por un momento, el cursor del P. Alier ido, sin poder hablar ni preguntar, añadiendo que el P. Estéban estaba en otra calle separada de la mia, sin atreverse á venir donde yo estaba por la misma razon que yo no iba donde estaba él, á saber, por temor de que nos despojasen de la manta, silla, etc., etc. Al fin di algunos pasos, y con un ojo en la silla y

otro en la bocacalle, vi la silla del Padre Estéban, el cual precisamente entónces miraba por un agujerillo. Despues que uno de los silleteros quedó de guardia, se me viene, y, con una formalidad inexplicable, dice: «Chico, ¿qué hacemos?» Echado un párrafo, se volvió á su escondite, esto es, á la silla, á esperar que alguno nos dijera: *Eamus hinc*.

A mí me ocurre que tal vez los silleteros estaban convenidos con el portero para sacar la multa al P. Alier, y casi me lo persuade el que otro, como si dijéramos seguado portero, se echó á reir con un silletero, viéndolo yo, y en el acto que entraban por la puerta de la ciudad.

El dia 13 de Diciembre llegamos á Tiniao, pueblo donde reside el P. Mariano, y el 15 á la residencia del P. Cañal. El 17, hecho nuestro juramento, fuimos por la tarde al P. Vicario Provincial en Kesin: el P. Estéban y Mariano se volvieron á Hoeng, y el P. Cañal y el P. Arranz fueron á dormir en compañía del P. Paulino, que á la mañana siguiente nos acompañó en nuestra vuelta á Hoeng á reunirnos con los dos anteriores.

Yo me despedí el 20, llegando á Foochow el 23 por la noche. El dia de Navidad celebró de pontifical el señor Gentili. Salí el 29 de Foochow, llegando á Emuy el 30. Desde allí hice una escapatoria á Kamboe á visitar al Padre Guixá, que es, digámoslo así, el prohombre de la mision por su actividad. Tuve el gusto de ver el sepulcro destinado para enterrar en lo sucesivo á nuestros hermanos que mueran por allí. Vi el del P. Federico, Rosada, Zea y

Bufurrull. De buena gana hubiera ido á ver al P. Colomer y Dutras; pero temia que en el intermedio saliera algun barco para Formosa. Salí en uno de vela, por nombre «China», el 7 á las doce, y llegué á Takao al siguiente 8 á las tres de la tarde; creo que es viaje más rápido que el de los demás misioneros. El Padre Fernando tardó cinco dias, el P. Limarquez ocho, etc.

»Ya estaba cansado de tanto correr por dos meses.

Recuerdos al P. Sainz. Disponga de su afectísimo Q. B. S. M., —Fr. C. Arranz, del Orden de Predicadores.

Chenkin (isla de Formosa) 24 de Enero de 1879.

Segun vemos en nuestro excelente colega el *Osservatore Romano*, Su Santidad ha designado á los nuevos eminentísimos Cardenales, las siguientes congregaciones:

Al Cardenal Pecci. — Estudios, índice, ritos, fábricas de San Pedro.

Al Cardenal Newman. — Propaganda, ritos, estudios, indulgencias y reliquias.

Al Cardenal Hergenroether. — Concilio, negocios eclesiásticos extraordinarios, índice, indulgencias y reliquias.

Monseñor Carlos Laurenzi, obispo de Amata, «in partibus», ha sido nombrado auditor de Su Santidad.

Monseñor Alfonso Capecelatro ha sido nombrado sub-bibliotecario de la Santa Iglesia Romana.

Entre el Nuncio en Viena y el embajador de Rusia allí han comenzado negociaciones confidenciales para un arreglo entre Rusia y la Santa Sede. El go-

bierno ruso pide, en medio de las difíciles circunstancias del Imperio, completa fidelidad á sus súbditos católicos, especialmente en Polonia. Leon XIII, ofreciendo emplear su influencia para estos resultados, reclama en cambio completa libertad y garantías para el culto católico.

—Su Emma. el Cardenal Newman ha recibido en el Salon del Colegio inglés de manos de gran número de señores y señoras, ingleses, irlandeses, escoceses y americanos. todo lo necesario para la celebracion del Santo Sacrificio y otras funciones religiosas. Lady Herbert fué la encargada de pronunciar el discurso felicitando al Cardenal por su nueva dignidad, el cual contestó prometiendo celebrar con aquellos atributos la misa ordinaria, en recuerdo de sus donantes.

Su Santidad ha enviado 300 liras á las religiosas de la Anunciacion y del Santo Arcángel de Toda, que se hallan en la mayor pobreza por efecto de la triste situacion á que los revolucionarios italianos han reducido á las congregaciones religiosas.

Con este motivo, merece recordarse que, tanto en los Estados Pontificios como en los demás que violentamente ha hecho desaparecer la Revolucion, se disfrutaba en otro tiempo de prosperidad completa, las Ordenes religiosas se hallaban en situacion floreciente, y se desconocia hasta la palabra *déficit*. Hoy todos esos Estados reunidos no pueden pagar los gastos que les abruma, y se hallan desatendidas las necesidades mora-

les de los pueblos. ¡Fenómeno desconsolador y elecutente!

Algunos celosos católicos se ocupan en estudiar el modo de celebrar con la conveniente solemnidad el vigésimo quinto aniversario de la faustísima proclamacion del dogma de la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora. Este suceso, que llenó de alegría al universo, merece ser conmemorado solemnemente por todas las naciones, y muy especialmente por España, hija predilecta de la Virgen Santísima, donde siempre se creyó y se defendió con unanimidad maravillosa el dogma que el Santo Pontífice Pio IX tuvo la singular gloria de definir el 8 de Diciembre de 1854.

Se ha recibido en Roma la noticia de que el anciano párraco de Kilis, señor Meghirrici Serabian, que ha sostenido vigorosamente la causa católica contra los neo-cismáticos armenios, y los fieles que, siguiendo á su Pastor, han padecido grandes persecuciones, han sido reintegrados en la posesion de la iglesia que les fué usurpada por los cismáticos.

Mons. Leon Korkoruni, obispo de Malateis, ha recibido oficialmente de las autoridades otomanas la noticia del reconocimiento del patriarca, Mons. Hassoun, con lo que han terminado las dificultades que dicho Sr. Obispo encontraba en el ejercicio de su ministerio.

El dia 14 por la mañana, en el Palacio Apostólico, tuvo lugar la ceremonia

de la imposición del birrete cardenalicio á los nuevos eminentísimos purpurados. Verificada esta ceremonia, el cardenal Pecci, por indisposición del cardenal Alimonda, pronunció un discurso de gracias, al que el Padre Santo contestó con breves y afectuosas palabras, que terminó dando la Bendición Apostólica.

Roma 16. — El Consistorio tuvo lugar ayer, proveyéndose otras Sedes vacantes, y abriendo la boca y dando el anillo á los Cardenales con el ceremonial antiguo. Cardenal Pecci, Santa Agata en el Suburbio; cardenal Hengenrother, Santa Valeria «in carcere»; cardenal Newman, San Jorge en Velabro, y cardenal Zigliara, San Cosme y San Damian.

Han sido aprobados los nombramientos siguientes:

Arcipreste de la catedral de Zaragoza, el tesorero de la misma iglesia D. Jacinto Maria Cervera; para la dignidad de tesorero vacante, D. Antonio Sendin; canónigo de Zaragoza, D. Antonio de Alarcon, que lo es de Guadix; para esta resulta, D. Luis Sanchez Rodriguez, beneficiado de Málaga, y para este beneficio, D. José Gallego y Garcia; canónigo de Santiago de Compostela, D. Eugenio Miguel Bugella, que lo es de Guadix; de Guadix, D. Luis Delgado Marchan; de Tarragona, D. Francisco de Paula Jimenez Villena, que lo es de Coria; para esta resulta, D. Antonio Bustamante, párroco de Alfarnatejo; dean de la catedral de Lugo, D. Diego Garcia Seares,

arcipreste de la misma iglesia; para esta dignidad vacante, D. José de los Rios, canónigo más antiguo de dicha iglesia; y para esta canongía, D. Antonio Saco y Quiroga, párroco de S. Juan de Aguilas.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo. — En la Colegial, á las nueve, misa conventual con sermon que dirá el Sr. Canónigo Magistral. Por la tarde, á las cuatro y media, Minerva.

En Santa Maria, á las ocho y media, prima solemne y misa mayor.

Martes. — En las Agustinas, á las siete, misa de renovacion, y por la tarde trisagi.

Miércoles. — En la Colegial, á las cuatro, vísperas y completas solemnes.

En Santa Maria, á las cuatro, solemnes vísperas y á continuacion empieza la novena del Santísimo Sacramento.

En las Capuchinas, á las cinco de la tarde, principia la novena del Santísimo Sacramento.

Jueves. — *Santisimo Corpus Christi.* — En la Colegial, á las ocho y media, prima y misa de renovacion. A las diez, tercia y misa conventual con sermon. A las seis, procesion general. Todos los dias de la octava, estará expuesto Su Divina Majestad desde las ocho y media de la mañana hasta concluidos los Matines.

En Santa Maria, á las ocho y media, tercia y misa solemne con el Señor manifestado.

En las Capuchinas, á las siete, misa de renovacion.